

INDICADORES PARA UNA PASTORAL CATEQUETICA DE LA FAMILIA

P. Francisco Merlos A.
Pastoralista
Universidad Pontificia de México

Las siguientes reflexiones tienen el propósito de plantear algunos indicadores básicos para una pastoral catequética de la familia, que tome en cuenta los múltiples condicionamientos de diversa índole, que la afectan en su ser social y eclesial más profundo.

I. Unas premisas de entrada.

1. La familia hoy es objeto de intensa reflexión interdisciplinar. Probablemente pocos temas sean tan investigados desde todos los ángulos como el tema de la familia. Desde hace años y desde la perspectiva fenomenológica, sico-social, antropológica, histórica, jurídica, bíblica, espiritual, teológica, pastoral, se vienen produciendo estudios que abordan la realidad familiar con herramientas diversas para introducirse en su complejo universo. La familia ha adquirido una categoría tal que parecería que por el solo hecho de ser tan ampliamente estudiada estaría asegurado su porvenir. Sin embargo y desafortunadamente no es así, porque la familia es una realidad donde abundan los estudios, pero escasean las respuestas operativas, que impidan su progresivo deterioro.¹

2. Aproximarse a la familia es introducirse en una realidad ante la cual no se puede ser neutral. Necesariamente se toma partido, pues ella es un espacio humano y una experiencia fundante que necesariamente lo hace a uno sentirse involucrado. La familia, en efecto, es el ámbito privilegiado donde los individuos y las sociedades humanas tienen sus más hondas raíces existenciales. Ningún ser humano, independientemente de su raza, de su sexo, de su cultura, de su creencia o de su ideología, está exento de la experiencia original de ser familia, donde vive la relación de paternidad o de maternidad, la relación de pareja o la relación de filiación y de fraternidad. La vocación primordial del ser humano allí nace y de ella se nutre cotidianamente y de por vida. Vale decir, todo el mundo lleva la huella indeleble e intransferible de la familia a la que pertenece. De alguna forma somos hoy la familia que nos ha tocado ser.²

3. Existe hoy un tópico recurrente en el tratamiento que suele hacerse sobre la familia. Me estoy refiriendo a la reiterada mención de la crisis de la familia y en la familia. Alguien ha dicho en forma contundente que “la tragedia de la Iglesia es la paganización de la familia”. Tesis buena en verdad para el debate, porque, si bien es cierto que la familia se ve vulnerada y hasta fracturada por los muchos impactos de una sociedad esquizofrénica y paranoica, no es menos cierto que sigue siendo el lugar insustituible de las mejores reservas sico-espirituales con que la persona cuenta.

¹ Resulta prácticamente imposible insinuar siquiera la multitud de estudios en relación a la familia y a temas relacionados con ella. El Pontificio Consejo para la familia tiene una página en internet que da cuenta del interés creciente que existe por la familia.

² Es interesante desde esta perspectiva considerar la reciente obra de García Márquez, “vivir para contarla”, que no es otra cosa que un homenaje a una familia que dio a luz al mayor de los novelistas latinoamericanos.

Aún no se ha demostrado que los lazos de parentesco sean superfluos y que se puedan intercambiar por algo equivalente a lo que es una familia. Se puede ciertamente decir por analogía que otros ámbitos son como una familia, pero difícilmente son comparables a la profundidad de los vínculos inherentes a la familia humana.

La crisis, por tanto, tendría primero que identificarse adecuadamente y seguidamente precisar a qué nos referimos cuando de crisis familiar se trata. ¿No será que estamos atribuyendo a la familia algo que es constitutivo del ser humano? ¿No ocurrirá que lo que tan a menudo llamamos crisis no es sino el cambio normal que sufre la familia épocas de transición? Finalmente ¿No será que la familia está entrando en un duro aprendizaje para llegar a ser familia de otra forma?

4. La familia pide unas posturas de generosidad ilimitada y de esperanza crítica como actitudes básicas para abordarla con justicia. De ello depende el que se pueda penetrar en su interior no sólo con capacidad para investigarla, sino sobre todo con el corazón abierto para mirarla con simpatía. Quizá lo que las familias más necesitan no son prolijos análisis interdisciplinarios, sino cercanía y empatía, solidaridad y misericordia, que desemboquen en proyectos que verdaderamente la dignifiquen y la promuevan.

Porque suele ocurrir que las posiciones que se adoptan frente a la familia no siempre permiten un adecuado acercamiento hacia ella: tenemos a los escépticos que dudan de las posibilidades del futuro y del éxito de cualquier iniciativa en su favor; los optimistas ingenuos que defienden a ultranza la buena salud de la familia, cuyo futuro promisorio no tiene trabas de ninguna especie; están los pesimistas que han renunciado a toda forma de esperanza y a toda oportunidad de rescate de la realidad familiar; están finalmente los realistas que, sin ignorar los numerosos condicionamientos de la familia actual, ponen en juego sus potencialidades creativas para brindarle otras alternativas de realización.

II. Algunos elementos medulares de la problemática familiar

Para evitar en lo posible el riesgo de repetir cosas ya dichas o de tocar superficialmente toda la problemática familiar, deseo limitarme a cuatro elementos que me parecen medulares, ya que configuran la realidad familiar en el momento presente.

1. De la familia como institución a la familia como situación.

La pastoral familiar a menudo ha estado más preocupada por defender a la familia como institución y se ha olvidado de atender a la familia tal cual es. Esto que suena a reproche no deja de ser interesante como herramienta de análisis.

En efecto, existe un ideal o paradigma de familia del que se parte o al cual se quiere llegar en los planteamientos y procesos que pretenden promoverla. Generalmente son los modelos sociológicos de familia patriarcal (llamada también tradicional, extensa o monogámica) constituida por varias familias aglutinadas en torno a un centro familiar de autoridad; o de familia nuclear (llamada también conyugal o elemental) formada por la pareja y un reducido número de hijos y definida por una suficiente autonomía en su vivir.

Sin embargo la familia es mucho más que los lazos de consanguinidad, que los vínculos estrictamente biológicos, que el control de una autoridad patriarcal o que el número mayor o menor de sus miembros. Ciertamente lo anterior tiene una función que genera sentido de pertenencia y cohesión de grupo, pero la familia mira más a la profundidad de una experiencia que modela reacciones, valores, relaciones, actitudes, comportamientos existenciales... de la persona.

Es más una experiencia de vida que una realidad cuantitativa,
más una conciencia solidaria que una pura pertenencia extrínseca a un grupo,
más una situación vital que un puro conjunto de lazos biológicos,
más una cotidianidad existencial que una asociación pragmática,
más un destino común que una simple conjunción de intereses,
en fin, más un proyecto de vida que una institución humana, por muy natural que ella sea.

Por eso necesitamos mirar a la familia en aquello que tiene de más vital, de más original y profundo, si de veras queremos prestarle un servicio que esté a la altura de su identidad como vocación humana de la persona.³

2. De la familia vulnerada a la familia valorada.

Independientemente de las interpretaciones puntuales que puedan dar las distintas escuelas sociológicas, la sociedad se concibe como un conjunto de personas y grupos interrelacionados, interdependientes e interactivos que, de manera estable, duradera y funcionalmente diversificada, buscan la satisfacción de necesidades vitales y la realización de proyectos comunes.

Desde este presupuesto es interesante determinar las características de que está revestida la sociedad de cada época, pues ello nos permite trazar un marco real de referencia . En la presente coyuntura de nuestra sociedad cabe señalar las siguientes características, que nos ofrecen unas claves de interpretación para diseñar un perfil de la misma y habilitarnos para descubrir los impactos que tiene sobre la familia.

- * La transición
- * La pluralidad
- * El debate
- * La contradicción
- * La participación.

Estas características parecen explicar no solo innumerables logros, expectativas y anhelos, sino también grandes carencias, limitaciones y frenos de la sociedad entera y de cada una de sus partes. Esas mismas características explican en gran medida las diversas alternativas que hoy se le presentan a la familia como parte imprescindible del tejido social. Ella no

³ Los franceses suelen distinguir entre el grupo de personas (la famille) y su realidad más profunda (le foyer).

puede menos de sentirse profundamente impactada por las fuerzas, debilidades y tensiones de la sociedad donde se inserta.

Por eso no es de extrañar que la familia, como la sociedad global,

- también se encuentre en una época de transición entre lo que fue y lo que está llegando a ser;

- esté revestida de una pluralidad de modelos que rompen con los modelos tradicionales y unívocos;

- todo en ella se vea sometido al debate, desde la autoridad paterna hasta la educación para la sexualidad, pasando por la relación de pareja;

- que la contradicción se haya instalado en la familia como una experiencia dolorosa que la desintegra paulatinamente;

- y sin embargo se resista a perder el protagonismo participativo que tuvo en épocas en que su influencia fue determinante en el entramado social.

3. De la familia fracturada a la familia humanizada.

No comparto la opinión de que la familia sea lugar de paganización; como si hubiese dejado de ser el santuario de la vida y del crecimiento de las personas para convertirse de repente en el recinto de la deshumanización y del caos. Lo que ocurre es que la familia está aprendiendo a ser familia de otra manera, es decir, está asumiendo su vulnerabilidad y sus debilidades, pero también está reconociendo su potencial y sus enormes posibilidades para no desvirtuar su vocación y su destino humanos.

Quizá deba decirse que a la familia hoy le cuesta mucho más que ayer ponerse al servicio de sus miembros, a fin de modelarlos y equiparlos adecuadamente para la lucha cotidiana y el ingreso en el porvenir. Las razones son obvias. Numerosos factores la están agrediendo continuamente: filosofías despersonalizantes, medios de comunicación consumistas y hedonistas, sistemas políticos corruptos, proyectos educativos mercenarios, informática demoledora de valores elementales, ruptura de tradiciones valiosas, cultura pansexualista, corrientes morales irrefrenables, pragmatismo que ofende a la persona...

La familia está en la encrucijada de mil vertientes que la desafían desde lo más profundo de su ser. Intuye que no se trata de vivir con las inercias de una tradición sobreprotectora. Vive a la intemperie de todos los vientos sociales. Sin embargo percibe que en su interior están las fuentes inagotables no solo de su sobrevivencia, sino sobre todo de su plenitud y del sentido esperanzador de la existencia.

Ninguna otra institución puede proporcionar al ser humano lo que ella puede brindarle: reciprocidad y confianza, fidelidad y fortaleza, capacidad de perdón y de renuncia, paz interior, seguridad, respaldo y solidaridad...

Independientemente del modelo de familia o de las condiciones de vida ella tenga, y no obstante las fracturas reales que esté padeciendo en muchos frentes, la familia seguirá siendo una referencia existencial insustituible, recreadora y retroalimentadora de los mejores perfiles que una persona pueda mostrar a los demás. La familia se humaniza humanizando a sus miembros.

4. De la familia objeto a la familia sujeto.

Un cambio de esta naturaleza es necesario en la familia contemporánea. Se sabe que un objeto siempre está a merced de quien lo usa. No tiene capacidad de decisión ni reacciona ante los estímulos. Simplemente está allí aguardando que lo manipulen y determinen su destino.

Quizás a veces se consideró a la familia demasiado como un objeto al que hay que proteger para que no se derrumbe su existencia en la sociedad; fue tratada con actitud excesivamente paternalista y condescendiente, se la quiso segregar de su entorno natural donde inevitablemente corre riesgos.

Su estudio, las iniciativas en su favor, la atención que se le daba no dejaba de contener una fijación para que la familia se mantuviera en el punto social que, según sus defensores, le convenía. Inclusive algunas formas de pastoral familiar daban a entender que la familia debía visualizarse como una institución incuestionable, inmóvil y estática, cerrándole el paso a los tiempos nuevos y a los desafíos inéditos que se le planteaban.

Por el contrario la familia fue demostrando que era un cuerpo vivo, socialmente integrado, y como tal no podía permanecer invariable ni en su constitución tradicional, ni en sus experiencias profundas, ni en sus valores subyacentes, ni en sus funciones básicas, ni en sus expresiones socioculturales.

Dotada de vitalidad tuvo que recorrer el difícil itinerario de una transición que la llevó a dejarse penetrar por las nuevas corrientes que la cruzaban en toda dirección.

La familia tuvo que aprender a ser familia, a recomponer su entorno cultural y a incorporarse de otro modo a una sociedad que estaba crujiendo en sus mismas bases.

La familia, sin proponérselo, dejó de ser objeto y asumió su papel de sujeto forjador de su propio proyecto. Se supo llamada a tomar las riendas de su propio destino. Se dejó invadir por una refrescante corriente de autodeterminación que la condujo, por primera vez, a liberarse de inhibiciones ancestrales.

Resultado inmediato de este proceso autodeterminativo es la pluralidad de modelos de familia, que hoy estudian tanto los sociólogos y que plantean numerosos interrogantes a los pastores (familia patriarcal, nuclear, monoparental, transitoria, superpuesta por nupcialidad reincidente, consensual, duplicativa, la familia de progenitores sustitutos, la familia de doble carrera, de divorciados vueltos a casar...).

Estos cuatro elementos medulares de la familia actual nos permiten encontrar algunas claves pastorales y catequéticas coherentes con esta nueva situación.

III. Claves para una propuesta catequético pastoral acerca de la familia.

Deseo ante todo que mi propuesta esté marcada por la actitud generosa y comprensiva hacia las familias; más allá de toda censura e intolerancia quisiera trazar un camino

pastoral que, a mi entender, podría liberar a muchas familias del estigma de ser casos perdidos o muy difíciles de rescatar. No se trata ciertamente, en nombre de la misericordia, de propiciar una moral uniforme, laxa y sin exigencias evangélicas, sino solamente de señalar unas pistas que nos permitan revelar el rostro del Señor en cualquier situación familiar, por muy en desacuerdo que estemos con ella.

1. Toda familia está revestida de una dimensión de misterio.

Igual que cada persona con mayor razón cada familia tiene que ser contemplada como un recinto sagrado donde conviven personas dotadas de libertad; eso las hace ser originales por una parte, y por la otra, las sitúa en el nivel de lo inabarcable ante toda tentativa de comprensión. La familia está constituida por la profundidad del misterio de cada miembro y por la profundidad del misterio que es el conjunto.

No se la puede tratar, por tanto, como si fuese una realidad en serie, como una conglomerado manipulable o un objeto que se pueda manejar a capricho. Hay una sacralidad inherente a la familia que deriva de la sacralidad que constituye la dignidad cada persona humana. Esa sacralidad inefable no se puede enclaustrar en nuestros esquemas científicos, teológicos o pastorales.

A la familia se acerca uno con el respeto con que se aproxima al misterio inabarcable del Dios-Trinidad, de quien ella es imagen, semejanza y reflejo cotidiano. Si en el corazón del misterio trinitario encontramos la igualdad, la reciprocidad, la libertad, la diversidad y la comunión, esto nos induce a pensar que allí está la clave para aproximarnos a la familia como misterio humano inabarcable.

2. Una historia de salvación en cada historia familiar.

La historia de salvación es el modelo primordial de la conducta salvífica de Dios, que se sumerge gratuitamente en el misterio de la vida para hacer alianza y construir un proyecto humano-divino. Esto para los cristianos ocurrió en Israel, sucede en la Iglesia y se realiza en cada ser humano, en cada comunidad y en cada familia. La transparencia de Dios en la historia del hombre es un artículo irrenunciable de nuestra fe.

Cada familia, en efecto, tiene una historia colectiva y propia; una historia dotada de luces y sombras, de aspiraciones y desafíos, de carencias, fracasos y aciertos. Y allí, solamente allí es posible ir descubriendo los rostros del Señor que quiere ser aliado insustituible en vistas del destino que tiene la familia.

Es verdad que la familia puede fabricarse sus propios becerros de oro. Es indudable que puede crearse sus propias idolatrías. Pero cristiana o no cristiana, normal o irregular, toda familia es un proyecto y tiene proyectos de vida y de crecimiento para cada uno de sus miembros.

Ninguna historia familiar se parece a ninguna otra. La originalidad es el sello inconfundible de una historia personal o colectiva. Por eso cada familia tiene sus posibilidades únicas para hacer de su historia un espacio donde resplandezca la presencia del Dios que la integra a su plan de una manera irrepetible.

Por eso podría afirmarse que no existe la familia, sino las familias. Por eso también cada una merece una atención personalizada.

3. La familia humanizadora.

El valor superior de la familia es cada uno de sus miembros. No es ni su constitución, ni su organización, ni sus funciones, ni sus expresiones. Es la persona humana en el valor intransferible de su ser. La familia vale porque hay personas dentro de ella.

Humanizar significa crear personas, dignificarlas, hacerlas crecer, proporcionarles recursos para su desarrollo integral, estimularlas, favorecer su vocación, confiar en ellas, en una palabra, ponerlas en condiciones de realizar su misión y su destino en el mundo y en la historia.

La familia, sin embargo, puede ser y de hecho es frecuentemente factor deshumanizante: oprime y esclaviza, controla y discrimina, impone criterios y crea dependencias, interfiere la libertad y produce traumas, anula potencialidades y desequilibra personas. Es la herencia inevitable que todo el mundo ha recibido de su entorno familiar. Es el signo de las zonas oscuras que acompañan a toda familia humana.

Con todo, la función primordial de la familia seguirá siendo su entrega incondicional a la humanización de cada miembro, como condición de su humanización colectiva.

4. La fuerza superior de la familia: su amor oblativo.

Todo acto de amor por naturaleza es oblativo. Parecería que la oblación es el distintivo supremo de autenticidad en el amor. La autodonación está en el corazón del amor. Sin embargo la vida se encarga de decirnos que no siempre es así, ya sea porque desvirtuamos el amor de muchas formas, ya porque lo contaminamos de elementos espúreos (interés, manipulación, egoísmo..), ya porque perdemos de vista su término irrenunciable que es la persona del otro. Solemos buscarnos a nosotros mismos creyendo que amamos al otro.

La familia es escuela de amor oblativo y escenario cotidiano de entrega incondicional, es decir, vive el amor sin esperar compensación, sino por la sola razón de la gratuidad. Casi diría que los rostros del amor familiar (conyugal, maternal, paternal, fraternal, filial) no colocan en primer término la reciprocidad, la respuesta o la recompensa, sino únicamente el bien-estar de las personas amadas, que son dignas de toda oblación, a causa de los lazos cordiales que las unen, más allá de toda consideración intelectual o egoísta.

Y aquí no se trata de idealizar a la familia, expresando su inalcanzable deber ser en el amor oblativo. Sabemos que en todas las familias se viven las mismas pasiones humanas que degradan a sus miembros y hasta los avergüenzan.

A pesar de todo la familia está llamada a ser recinto de amor oblativo. Esa es su vocación más profunda, aunque esté lejos de asumirla como ideal de vida. De hecho las grandes virtudes sociales (solidaridad, democracia, participación, responsabilidad...) tienen en este

amor oblativo de la familia su origen más profundo, su germen más rico y su justificación más elevada.

Se ama comprometidamente (oblativamente) a una sociedad, porque se vivió existencialmente la oblación amorosa en el entorno familiar.⁴

5. La familia en la encrucijada de los valores humanos y los valores del Evangelio.

Toda familia, por el hecho de serlo, es poseedora de valores, independientemente de su situación sociocultural o religiosa. Hay en ella valores inherentes que hay que reconocer. Pero toda familia igualmente puede asimilar los valores explícitamente cristianos. Son los valores adherentes que se le proponen como proyecto de vida.

Existe una tarea de descubrimiento y reconocimiento de los valores ya presentes en la familia, los cuales configuran su ser particular y actúan eficazmente incluso antes de la llegada del Evangelio. Muchos están en sintonía con él que los confronta para juzgar sobre su autenticidad.

En los tiempos recientes se viene hablando de la necesidad de descubrir las “ocultas semillas del Verbo” en las culturas, como presencias anticipadas del Señor. Analógicamente puede decirse lo mismo con respecto a cada familia; está rebotante de las semillas que el Verbo ha depositado en ella, para que pueda llevar a cabo su misión; acogida y lealtad, honradez y justicia, verdad y sacrificio, responsabilidad y confianza, perdón y compromiso, entrega y fortaleza, son algunas de estas semillas a través de las cuales el Señor va realizando su designio de manera oculta y misteriosa.

La familia, sin embargo, puede disponerse a acoger en su interior los valores explícitamente evangélicos propuestos por Jesús, que son la clave para la plenitud humana al estilo cristiano. La radicalidad en el seguimiento de Cristo, el amor a los enemigos, la centralidad de Dios en la vida, la acción del Espíritu en la toma de decisiones, la oración como exigencia de la vida teologal, la lucha diaria por romper con todas las formas de maldad, la inserción responsable en la Iglesia, el testimonio cristiano en toda situación humana, el servicio a los demás, la capacidad de compartir con los desvalidos, la fuerza ante la adversidad, la esperanza ante el fracaso, etc.

Asimilar estos valores y generar convicciones a partir de ellos es lo que requiere una familia de nuestros días. Proponer sin equívocos los valores evangélicos es tarea prioritaria de una pastoral a favor de la familia.

6. Derechos de la familia, derechos de la vida.

Es incuestionable la relación intrínseca que existe entre la familia y la vida en todas sus expresiones: sicosomática, espiritual, social, formativa, relacional, sexual, ambiental, etc. En realidad todo lo vital tiene en la familia su principio fundacional y su centro de gravedad,

⁴ Es interesante la reflexión que sobre el tema hace J.P.II acerca del amor oblativo en el contexto de la civilización del amor. Cfr. Carta a las familias con motivo del año internacional de la familia (1994), nn. 6-17.

de tal manera que entre vida y familia existe una corriente que nunca se interrumpe. La familia es garante de la vida y la vida es sustento natural de la familia.

Los derechos de la familia se fundan en sus necesidades básicas a las que debe responderse con satisfactores adecuados. Necesidades físicas (comer...), psicológicas (seguridad...), espirituales (orar...) y sociales (opinión...) están en la base de los derechos que la familia tiene.

Entre otros cabría señalar los derechos a la procreación, la nutrición y la educación, a la participación social, a la privacidad, a la elección de su estilo de vida, a la salud, al trabajo digno y a la fe religiosa... No satisfacer estas necesidades básicas de la familia es arriesgar el crecimiento de las personas y el futuro de la convivencia social. Es poner las bases del caos social como fruto de la frustración.

Por eso los derechos de la familia no pueden ser vistos como una graciosa concesión de institución o autoridad alguna. Son realidades inherentes a la familia misma, nacen con ella, y han de ser respetados en toda su amplitud como una exigencia emanada de las instancias que con ella tengan relación.

7. Una pastoral de la esperanza para la familia amenazada de desesperanza.

Toda familia desde su origen comienza a vivir animada por la fuerza de la esperanza y con la mirada puesta en el futuro: trabajo, hijos, salud, bienestar, futuro, ilusiones... Se diría que es el secreto que sostiene la lucha cotidiana. La experiencia de los años, sin embargo, se encarga de mostrar la rudeza y la crueldad de la existencia: desengaños, frustraciones, fracasos, errores constituyen el acontecer de todos los días, con el riesgo de minar las mejores energías sicoespirituales, de crear desencantos y de entrar en peligrosas depresiones que destruyen a las personas. En casos límite podemos encontrarnos con familias cercanas a la esquizofrenia y la paranoia.

Creyentes o no creyentes, todas las familias atraviesan la incómoda monotonía y el absurdo cotidiano de su propia existencia. Se ven tentadas de desesperanza.

Por eso de lo que se trata es de reconstruir la esperanza dondequiera que ésta se encuentre fracturada o en peligro de extinción.

No existe familia que no requiera de estímulo hacia la esperanza. Existen muchas familias que creen haber perdido el sentido profundo de ser familias. Consideran a la familia como un producto de la fatalidad o del azar. Sus dificultades o sus equivocaciones las contemplan a menudo como signos de haber llegado a una situación irreparable.

Lo que menos necesitan las familias es la censura, la descalificación, el reproche amargo o el juicio severo e inapelable, que las confina a mirarse a sí mismas como casos perdidos.

La familia necesita manos que se le tiendan con cariño y misericordia; espíritus generosos que crean en sus posibilidades de recuperación y de cambio; mentes abiertas, críticas y

lúcidas que les permitan un camino de dignidad y esperanza, samaritanos que curen sus heridas, personas inteligentes que les revelen la misericordia inagotable del Señor.

8. *Unas Cuestiones selectas de pastoral familiar que merecen atención especial.*

A modo de conclusión desearía mencionar unas cuestiones que afectan directamente a la pastoral y catequesis familiar. Son asuntos que inciden directamente en el estado de salud o de enfermedad que pueda tener la familia como institución.

1. Las familias cristianas

Estas familias que tratan de vivir el Evangelio con absoluta fidelidad están ahí y son numerosas. No pueden ser vistas como si su modelo de vida hubiese pasado a la historia. Hoy existe una cierta tendencia a considerar este modelo como algo anacrónico o inoperante, como realidad impopular en una sociedad iconoclasta. Probablemente debido a la pluralidad de modelos existentes en nuestro tiempo, se llega a considerar la familia cristiana tradicional como un vestigio de un pasado que no tiene cabida hoy. Son abundantes las familias que se esfuerzan por vivir lealmente el seguimiento de Jesús y por expresar en su conducta los grandes imperativos del Evangelio.

Ellas son merecedoras de todo el respeto de la Iglesia y siguen teniendo el derecho de una cuidadosa atención pastoral a la medida de su identificación con los imperativos de Jesús. Porque “La familia es el primero y más importante camino de la Iglesia... pues a ella debe el hombre el hecho mismo de existir como hombre... la Iglesia conoce bien el papel fundamental que la familia está llamada a desempeñar...”⁵

2. La progresiva irrelevancia del sacramento del amor en la cultura secular.

La secularidad ha logrado agrietar la consistencia del amor conyugal, fundado en la alianza frente a Dios. Ha penetrado la conciencia de la pareja cristiana al grado de no percibir ni creer necesitar la misteriosa gracia de Dios como aliada del amor humano.

En muchos casos quizá se mantiene como gesto de relevancia social y cultural, pero muy alejado del sentido profundo que encierra el amor de Dios hacia los esposos. La cultura de lo provisional, de lo inestable y de lo no definitivo ha contaminado peligrosamente el amor conyugal. Ha contribuido a deteriorar la alianza del amor de Dios con el amor de la pareja humana. ¿Será posible mantenerse en fidelidad permanente “hasta que la muerte los separe”? se preguntan muchos. ¿No será más humano comprometerse hasta un cierto punto, mientras no se presenten otras oportunidades o la vida aconseje nuevos rumbos?

He ahí un reto pastoral de primer orden.⁶

3. El difícil camino de la mujer.

⁵ Ibidem n. 2.

⁶ La pareja humana fundada en el amor sacramental adquiere una dimensión desconocida para el amor humano. Cfr. Marc Oraison, armonía de la pareja humana, Studium, Madrid 1967, 43-47.

Pese a todo lo que se diga y no obstante los avances innegables obtenidos en este campo, la condición de la mujer sigue siendo una asignatura pendiente dentro de la misma familia.

Recientemente se ha dicho que hay mucho que agradecer a la mujer, “¡por el hecho mismo de ser mujer! (porque) Con la intuición propia de su femineidad enriquece la comprensión del mundo y contribuye a la plena verdad de las relaciones humanas... pero dar gracias no basta.. por desgracia somos herederos de una historia de enormes condicionamientos que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud... ¿ y qué decir también de los obstáculos que, en tantas partes del mundo, impiden aún a las mujeres su plena inserción en la vida social, política y económica?⁷

La pastoral de la mujer comienza por dignificarla –verbal y operativamente- desde la familia misma, pues la sociedad no deja de ser un fiel reflejo de lo que en el entorno familiar se vive en relación a la mujer.

4. Las llamadas familias irregulares (monoparentales, unión libre, divorciadas, etc.)

Aquí conviene aclarar que hay irregularidad canónica pero también otro tipo de irregularidades humanas en la familia.

Existe ciertamente en estas familias un rostro desfigurado del Señor y una dolorosa experiencia que a menudo produce situaciones traumáticas. Numerosas familias ven acrecentado su dolor al constatar la severidad, el rechazo y la discriminación en que se les confina.

Afortunadamente hoy tiende a desaparecer la actitud de condena. Se va consolidando la convicción de que los pastores y la comunidad entera “están llamados a hacer sentir la caridad de Cristo y la materna cercanía de la Iglesia; los acogen con amor, exhortándolos a confiar en la misericordia de Dios y sugiriéndoles, con prudencia y respeto, caminos concretos de conversión y de participación en la vida de la comunidad eclesial”.⁸

Las familias llamadas irregulares no han de ser objeto de una compasión paternalista, sino tratadas con madurez, reconociendo la dignidad de quien vive responsablemente comprometido en el amor a su pareja y a su familia.

Aquí quedan por crear las estrategias pastorales que conduzcan a estas familias a una auténtica experiencia del amor de Dios en sus vidas.

CONCLUSIÓN:

La familia es al mismo tiempo desafío, oportunidad y promesa tanto para la sociedad como para la comunidad cristiana. Desafío, porque nos exige ser creativos. Oportunidad, porque

⁷ Cfr. Carta a las mujeres de J.P.II con motivo de la Conferencia mundial sobre la mujer, celebrada en Pekin en septiembre de 1995, nn. 1-4.

⁸ Cfr. La comunión de divorciados vueltos a casar, Sagrada congregación para la doctrina de la fe, 1994. n. 2.

tiene el poder de aglutinar los mejores esfuerzos a favor de la vida. Promesa, porque sigue siendo espacio de esperanza irrenunciable.

Referencias

LACROIX J. Fuerza y debilidades de la familia. Acción cultural cristiana, Madrid 1993.

PONTON SOLIS L. La familia en la ciudad de México, presente, pasado y porvenir. Porrúa, México 1997

ORAISSON M. Armonía de la pareja humana. Studium, Madrid 1967

CELAM. El tercer milenio como desafío pastoral. Celam, Bogotá 2000

CELAM. América Latina, realidad y perspectivas. Celam, Bogotá 1992

DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA:

* Exhortación apostólica sobre la familia en los tiempos modernos (Familiaris consortio), J.P.II, (22.Nov.1981).

* De la familia nace la paz. J.P.II. Jornada mundial de la paz (8.Dic.1993).

* Carta a las familias, J.P.II, en el año internacional de la familia (2.Feb.1994).

* La comunión a divorciados vueltos a casar, Sagrada Congregación para la doctrina de la fe (14.Sep.1994)

* Carta a las mujeres, J.P.II. (29. Jun.1995).

* La familia, don y compromiso, esperanza de la humanidad. Pontificio Consejo para la familia – II encuentro mundial del Papa con las familias – Río de Janeiro (4-5.Oct.1997).

* Los documentos sobre la familia de Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), conservan toda su vigencia como referencias indispensables en América Latina.

VISINTAINER S. Familia, en Diccionario teológico interdisciplinar, Varios, 3 Vols., Sígueme, Salamanca 1985, pp. 1077-1090.

[Volver a la página anterior](#)